



ANDRÉS CAICEDO

EL ETERNO
RETORNO
Y LA
ESPERANZA

Fue apenas el año pasado que encontré, en la lectura del prólogo que Juan Gabriel Vásquez hace a la edición de Alfaguara de los cuentos completos de Andrés Caicedo, una pista invaluable, o más bien una llave hacia mi forma muy personal de entender la muerte de Andrés Caicedo, aquel que en un gesto heroico y desesperado decidió quitarse la vida, después de dos intentos fallidos, el 4 de marzo de 1977, el mismo día que recibía –pocas horas antes– una copia de la única novela que llegó a publicar, ¡Qué viva la música!

Este hecho, el de quitarse la vida siendo tan joven, puede resultar inexplicable desde el orden que el mundo impone al hombre de forma natural. Pero es a la luz de los hechos mismos y de los recuerdos de quienes lo conocieron, que hoy podemos encontrar en la vida de Caicedo, tal vez la última y más completa forma de autodeterminación que le quedaba, esa – la muerte, para consagrarse y sellar en el ámbar de los tiempos, el dolor, el mismo

que extinguió muy pronto sus fuerzas, pero que lo llevó a cumplir su palabra.

Y es importante comprender por qué la vida de Caicedo, quien en el trance de la adolescencia a la edad adulta se había encargado de vivir según su propia máxima, “morir y dejar obra”. Es la esencia única que se realiza en el tiempo, quien le permite ser y a la vez es su único enemigo.

Volviendo a la pista que tuvo a bien entregarme Vásquez en su exquisito prólogo, Caicedo es un anacronismo, el gesto justo de toda una generación que tal vez, como él, no quería vivir ese tiempo, ni esa Cali, ni esa sociedad provinciana, y que sólo él pudo reclamar en el simbolismo de su muerte, como última voluntad.

En la que fuera su vertiginosa carrera contra el tiempo, Caicedo –aunque muriera sin haber sido publicado– ya era para ese entonces una figura reconocida en esa Cali gótica y tropical que muchos creen ‘inventada por los propios caleños’ pero que aún hoy, y con toda seguridad en la perpetuidad del tiempo, lo recordará y lo entregará como dádiva a todos sus exiliados para salvarlos, ojalá, de su propia historia.

Lo consiguió gracias a que, “desde muy temprana edad”, frase esta que empapa la gran mayoría de las biografías que de él he leído, se ocupó de saciar su apetito devorando cientos, tal vez miles, de películas, libros y álbumes, a la par que encontraba tiempo para fundar y dirigir los pasos del Cine Club de Cali en el Teatro San Fernando, escribir y editar su revista “Ojo al cine”, y cómo no, escribir y corregir la que sería su obra, entre tantas cosas más que hizo, ¡todas las que quiso!, llegando incluso hasta Hollywood, en un intento por encontrarse con sus ídolos y conseguir vender sus guiones para cine sin saber muy bien inglés.

Yo, que como Andrés Caicedo nací también un día 29 en Cali, pero no de septiembre, he encontrado en él la ruta hacia esa Cali escondida y esquiva que hace parte de mi historia, pues también “desde temprana edad”, los misteriosos caminos del amor llevarían a mi madre –y por consiguiente a mí– por otros rumbos, hacia otra ciudad igualmente gótica y tropical, Barranquilla, ubicada en las que creo hoy, las antípodas sentimentales de mi ciudad natal.

Como yo, hay otros que tuvieron que abandonar Cali por suerte de su oscuro y golpeado pasado tejido en la clandestinidad y el peligro del narcotráfico, y ya



no por razones nobles como el amor. Y como yo, hoy por hoy, muchos de los que hemos recibido el legado de Caicedo lo hemos hecho como si fuera una suerte de hoja de ruta hacia esa Cali mítica y conculsa de la que hablan nuestros padres, que vive fragmentada y punzante bajo nuestra piel y nos pide explicaciones.

Así pues, entre los extensos artículos y formas en las que se ha conmemorado su figura, cobra mucho valor la idea de un Andrés anacrónico, uno que no quería vivir su tiempo, uno que ya muy niño sellaba un pacto con la muerte y se enfrentaba a otro de sus archienemigos, el Ideal.

Se puede, en la lectura de sus primeros cuentos, satélites que vienen a completar el firmamento de su obra, entender que Caicedo no quería entregarse a su tiempo, ni a las costumbres y normas que lo conformaban. ¿Y cuándo ha dejado este sentimiento de ser relevante? ¿Al superar la adolescencia y recibir con brazos abiertos, la edad adulta? Esto no lo sé, pero el lector no tendrá que hacer un esfuerzo para imaginar hacia dónde se inclinaría quien escribe.

Que no quisiera ser adulto no le resta un ápice de genialidad a Caicedo. Tampoco su edad, pues basta, por ejemplo, con leer ese cuento de 1965, “El Ideal”, en el que con apenas catorce años de edad, ya dejaba entrever su ‘universalidad’ y genio, pero mucho más aún su prematuro pacto con la muerte en fragmentos como:

Se cansaron de aquella búsqueda suplicante y se dieron a la tarea de perseguirte, de hallarte por la fuerza, de acabar contigo para de una vez desahogar su odio y eliminar tu presencia para siempre, para que no volvieras a encontrarte nuevamente en medio de ellos. Para que pudieran alcanzar la paz necesitaban matarte, era necesario.

Tal vez, lo que hoy acerca a tantos jóvenes a la obra de Caicedo, es esperanzador. Aún más, lo que me acerca a mí, pues en últimas sólo puedo hablar con propiedad sobre lo que me ha llevado a pensar en Andrés como si fuera mi amigo, a buscarlo y a querer organizar su historia y su obra mientras organizo la mía... a que lo sienta *tanto* sin ser mi muerte.

Como él, no quiero entregarme al tiempo, tengo 30 años y también he tenido por máximo enemigo al Ideal. Mi mamá se queja de que estoy muy vieja para vivir una segunda adolescencia, y podría jurar que me habla como si tuviera los mismos 14 años de Andrés, lo cual, sumado a la creciente preocupación que siente al ver sus libros apilados en mi mesa de noche, podría tal vez convertirme también en un anacronismo.

Lo que sé es que, si bien Andrés no es mi muerto y fácilmente al hacer esto podría caer, para muchos lectores, en el estereotipo de la fan que le escribe cartas a un suicida, estoy armando el mapa de una ciudad fantasma en mi memoria con fragmentos de los veintiséis años de exilio de Andrés, que siempre vivió en Cali paradójicamente, ‘del lado de allá’, y que son pedazos de una identidad sobre la que *el único que me ha hablado con franqueza* es Andrés.

Por esto, y si bien lo que siempre estoy afirmando es un vacío, es esperanzador: porque al final no sentir nada es también sentir algo. Y esa esperanza es la dádiva de Andrés, quien ya me demostró que “no sentir nada” es también sentir algo.